

Unos son los del gasto y otros son los del gusto'. La Monarquía Hispánica y sus inventarios en la Edad Moderna (1ª sesión: Materiales para el estudio del arte de la corte: documentos, inventarios e historiografía)

Juan Luis González García
(Universidad Autónoma de Madrid)

1. La organización de los inventarios de los Habsburgo

A comienzos del Renacimiento, y dado que los poderosos podían acumular a lo largo de sus vidas un número considerable de objetos valiosos, era común levantar periódicamente inventario de sus posesiones por diferentes motivos. Por lo general, detrás del deseo de registrar por escrito un listado de todas sus propiedades muebles se hallaba su intención de desplazarse a algún otro lugar o de levantar acta de su testamento y últimas voluntades. En correspondencia, estos documentos estaban destinados a proteger a sus propietarios de robos o pérdidas que pudieran acaecer durante el viaje, o a garantizar la integridad de las posesiones que habían de pasar a sus herederos. Por otra parte, los inventarios *postmortem* y las particiones testamentarias eran el procedimiento más común para dividir los bienes entre los sucesores habsbúrgicos. Algunos de estos documentos —verbigracia, los relevantes a Leonor o a Isabel de Austria— aún no han sido descubiertos, pero otros (como el de Juana de Castilla) ni siquiera llegaron a existir.

Los inventarios también pueden clasificarse con arreglo a sus propietarios, según fueran hombres o mujeres. Casi todas las mujeres de la familia Habsburgo apreciaban sobre todo los objetos preciosos —fácilmente transportables y muy apropiados para la decoración palaciega—, que reunían en su tesoro y guardarropa y consistían en joyas, piedras preciosas, plata, manuscritos iluminados, y textiles y vestidos ricos. La pintura y la escultura (salvo las pequeñas imágenes de devoción y el ajuar de culto de sus capillas y oratorios) cumplían una función secundaria entre sus bienes, quizá con las únicas y notables excepciones de Margarita de Austria y María de Hungría. Otra diferencia obvia entre los inventarios femeninos y masculinos es que éstos últimos a menudo incluían armas y armaduras, coleccionadas ávidamente tanto por Carlos V como por su hermano Fernando I. Los inventarios de dotes, sin embargo, deben considerarse aparte por dos razones: en primer lugar, por ser epítomes de los inventarios femeninos; y en segundo por ejemplificar los registros levantados cuando tenía lugar un cambio de residencia, por oposición a los inventarios palatinos, que denotan continuidad en un emplazamiento particular. El ajuar de una princesa habsbúrgica reflejaba tanto las esperanzas y expectativas de su familia como sus intereses personales, además de informaciones muy valiosas acerca del intercambio transfronterizo de obras de arte.

2. Los inventarios dinásticos y la creación del Imperio

En su mayor parte, las posesiones de los Habsburgo no fueron reunidas pensando en la eternidad, sino que revistieron un carácter mucho más efímero. Las obras de arte podían ser tan fácilmente adquiridas como enajenadas. Los

inventarios nos enseñan cómo las joyas eran frecuentemente manipuladas, rehechas o alteradas hasta lo irreconocible. Precisamente para facilitar su identificación, algunas de las mejores piezas de joyería eran apodadas con distintos nombres en los documentos. Además de en joyas, los Hasburgo gastaron cantidades astronómicas en centenares de copas, vasos, cuberterías y vajillas de oro y plata. Por supuesto, estos objetos tenían una función de lo más prosaica aparte de su valor decorativo: igual que servían para los frecuentes y espléndidos banquetes, eran también inversiones seguras. En época de dificultades financieras podían venderse con bastante facilidad, o emplearse para acuñar monedas. Sólo una fracción del tesoro real permanecía junto con sus propietarios a lo largo de sus vidas, y no era ni mucho menos excepcional que las joyas pasadas de moda o las piezas de plata de poco uso fueran refundidas.

Prácticas como las sobredichas, advertidas en los inventarios, ayudan a justificar el número relativamente escaso de objetos preciosos pertenecientes o donados por los Austrias que han sobrevivido a su época, salvo en lo concerniente a unos pocos enseres litúrgicos y relicarios. Todo ello, unido a la veneración por la Casa de Habsburgo insuflada por Maximiliano I y activamente promovida por Margarita de Austria, evolucionó hasta constituir una conciencia dinástica colectiva que devendría un auténtico tópico dentro del coleccionismo aristocrático del Renacimiento. Era la dinastía lo que justificaba el ejercicio de un poder imperial que, aunque supranacional, en gran medida respetaba las peculiaridades locales, pues en ellas basaba su dominio. El elemento unificador del conglomerado territorial que terminaría formando el legado de Carlos V, sobre el cual reinó durante casi medio siglo, fue justamente esta idea de familia. Los matrimonios dinásticos, como aquéllos que el emperador concertó para sus hermanas, proporcionaron una plataforma desde la que el prestigio y la influencia de los Hasburgo pudo extenderse y consolidarse internacionalmente. La lealtad inmutable de las mujeres del linaje habsbúrgico se demostraría indispensable, de modo que al posicionarlas estratégicamente en distintas cortes europeas como esposas de sus socios o sus enemigos, Carlos pudo preservar y mantener valiosísimas alianzas a lo largo de su imperio. Mediante la adquisición de objetos artísticos y lujosos, retratos o productos exóticos y maravillosos, al igual que a través del mecenazgo cultural, estas mujeres fueron capaces de autopromocionarse y encontrar un lugar irrenunciable en la corte. Leonor, sucesivamente reina de Portugal y Francia, Isabel, reina de Dinamarca, Suecia y Noruega, junto con Catalina de Austria y la emperatriz Isabel de Portugal, pusieron un esfuerzo sustancial para crear una imagen pública de sí mismas tan impositiva como elegante por medio de su vestuario y aderezos, acumulados en tal cantidad y tan minuciosamente detallados en los inventarios que su lectura nos permite comprobar la evolución de la moda vigente en cada momento histórico.

Si el patrocinio o las compras suntuosas proporcionaron a Leonor, Isabel o Catalina distintos medios para desarrollar sus gustos y aficiones, consolidando su estatus dentro de la jerarquía familiar, María de Hungría prefirió propocionar a la dinastía su legado a través del coleccionismo artístico. A diferencia de ellas, que actuaron sobre todo como consortes y madres, y cuyo poder en Francia, Dinamarca o Portugal estaba mediatizado, Carlos V creó una situación única para su hermana María permitiéndole operar con un amplio grado de

discrecionalidad política. Al igual que su predecesora Margarita de Austria, amasó un poder considerable como regente de los Países Bajos a lo largo de casi veintiseis años. Como resultado, sus intereses por las artes superaron el entorno exclusivamente doméstico para adentrarse en un ámbito internacional, donde resultaba fundamental poseer un prestigio como patrono de todo punto personal e intransferible. La permanencia de su corte (a diferencia de la itinerante de su hermano) en un lugar fijo al mismo tiempo facilitó la posibilidad de fundar una colección estable. No es por tanto sorprendente que figuras como Margarita y María —esto es, aquéllas basadas más estacionariamente en lugares como Malinas o Bruselas— fueran las que desarrollaron de una forma mucho más extensa un sentido genuino del coleccionismo entre los Habsburgo. El hecho de que dos mujeres, vestidas austeramente durante la mayor parte de sus vidas de luto riguroso, financiaran tal cantidad de despliegues de riqueza sólo puede entenderse por la función que las obras de arte hubieron de tener para ellas: como objetos adquiridos por su función representativa y por la efectividad con la que podían añadir lustre a la dignidad imperial de su familia.